



EL ESPACIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Lilian Mathieu

► To cite this version:

Lilian Mathieu. EL ESPACIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES. Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico, 2015, 9 (2), pp.2015 - 2015. halshs-01326667

HAL Id: halshs-01326667

<https://shs.hal.science/halshs-01326667>

Submitted on 6 Jun 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



EL ESPACIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Space of social movements

Lilian Mathieu¹

École Normale Supérieure de Lyon

lilian.mathieu@ens-lyon.fr

Resumen:

El concepto de espacio de los movimientos sociales designa el universo, relativamente autónomo, de prácticas y sentidos dentro del mundo social, en el cual las movilizaciones de protesta se encuentran unidas por relaciones de interdependencia. Concebir de este modo la actividad contestataria permite captar la dinámica interna de relaciones que unen entre sí a los diferentes movimientos, al igual que, en un plano externo, aquellas relaciones que esta esfera de actividad mantiene con otros universos sociales, tales como el campo político o el mundo sindical. Atender a la dimensión práctica de la actividad contestataria lleva a considerar el espacio de los movimientos sociales como un universo de competencia, que exige de quienes lo conforman el dominio de un conjunto específico de saberes y destrezas. La presentación del concepto arroja luz sobre las recomposiciones de los movimientos sociales contemporáneos, al mismo tiempo que invita a una discusión sobre los principales conceptos de la acción colectiva.

Palabras clave: acción colectiva, movimientos sociales, campo político, politización, espacio de movimientos.

Abstract:

The concept of space of social movements designates the universe, relatively autonomous of practices and meanings within the social world, in which protest movements are linked by interdependent relationships. This way of conception of the protest activity allows to get the internal dynamic of relationships that link those different movements, at the same time, in a external dimension, those relationships of this field maintain with other social universes, such political field or labor movement. To pay attention to the practical dimension of the protest activity leads to consider the space of social movements as a universe of competition, which requires those who constitute the domain of a specific combination of

¹ N. de T: La traducción en castellano para la revista *Intersticios* ha sido realizada por Cecilia Jiménez Zumino y Miguel Alhambra Delgado. Quisiéramos agradecer a Lilian Mathieu la disponibilidad y colaboración para que se pudiese llevar a cabo esta traducción. El texto original se encuentra en *Politix*, 2007, 1, N° 77, pp.131-151.

knowledge and skills. The presentation of the concept shed light on the rearrangements of contemporary social movements, at the same time this invite to discuss key concepts of collective action.

Key-words: collective action, social movements, political field, politicization, space of movements

La multiplicidad de conflictos sociales y movilizaciones que apuntan a la defensa de causas específicas, así como la diversidad de organizaciones que les animan, ofrecen a los sociólogos y politólogos la oportunidad de realizar muchos, y con frecuencia ricos, estudios de caso. Aunque estos conllevan una serie de problemas para el análisis desde el momento que se intenta aprehender la actividad contestataria respecto a otras formas de participación, a la vez, en su carácter global y en su especificidad. En particular, se impone la necesidad de tomar en cuenta las relaciones de interdependencia que tienden a unir a las diferentes movilizaciones: en efecto, uno de los rasgos más característicos de los movimientos sociales contemporáneos es el hecho de estar a la vez centrados sobre apuestas especializadas (inmigración, medio ambiente, condición de las mujeres, relaciones Norte-Sur, sanidad...) y estrechamente vinculados unos con otros, por relaciones que van desde la alianza a la concurrencia exacerbada, incluso hasta el conflicto abierto.

La constatación, hoy en día ampliamente compartida entre los analistas de los movimientos sociales, de que esta interdependencia tiende a hacer de la acción contestataria una suerte de “mundo aparte” ha dado lugar a múltiples elaboraciones conceptuales. Por ejemplo, Marco Giugni y Florence Passy, a partir de un estudio de los movimientos suizos, han postulado la constitución de una *arena de movimientos sociales*, paralela a los partidos políticos y a los grupos de interés, mediante la cual “los ciudadanos pueden dirigir a las autoridades políticas sus reivindicaciones, pero también informar a la población sobre ciertas apuestas”². Christophe Aguiton y Phillipe Corcuff han planteado una “desconexión de esferas social y política”, subrayando las diferencias de temporalidad (“el tiempo corto de la acción reivindicativa, el tiempo medio de la competencia electoral y el tiempo largo de la estabilización de colectivos sindicales”) que los distingue³. Por su parte, Cécile Péchu, inspirándose en el concepto de *campo político radical* elaborado por Phillippe Gottraux⁴, ha emprendido el análisis de las carreras de los militantes en torno al Derecho a la vivienda, en el seno de lo que denomina el *campo militante*, distinto del campo partidario, y estructurado por cuatro polos (organizacional/espontaneísta, clasi-sista/contra-cultural)⁵. Gerard Mauger ha propuesto el concepto de *campo de los movimientos sociales*, que considera como un componente del campo político más extenso, y dentro del cual podrían distinguirse cuatro elementos (sindical, asociativo, intelectual y político)⁶. Mientras que Nick Crosley llama la atención sobre la especificidad del juego que proponen los movimientos sociales, concebidos como elementos de un *campo de contestación* (*contentious field*) dentro del que se desarrollarían las disposiciones propias de un “habitus radical”⁷. Estos trazos de análisis presentan algunas convergencias: la preocupación por las relaciones entre los

² Giugni, M., y Passy, F., *Histoire des mobilisations politiques en Suisse*, Paris, L'Harmattan, 1997, p. 201.

³ Aguiton, C., y Corcuff, P., “Mouvements sociaux et politique: entre anciens modèles et enjeux nouveaux”, *Mouvements*, 3, 1999, p. 9.

⁴ Gottraux, P., “*Socialisme ou barbarie*”. *Un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après guerre*, Lausanne, Payot, 1997.

⁵ Péchu, C., *Du Comité des mal logés à Droit au logement, sociologie d'une mobilisation*, Tesis de doctorado en Ciencias Políticas, IEP de Paris, 2004.

⁶ Mauger, G., “Pour une politique réflexive du mouvement social”, en Cours-Salies, P., y Vakaloulis, M., dir., *Les mobilisations collectives: une controverse sociologique*, Paris, PUF, 2003.

⁷ Crosley, N., “From Reproduction to Transformation. Social Movements Fields and the Radical Habitus”, *Theory, Culture & Society*, 20 (6), 2003.

movimientos sociales y la política partidaria e institucional, así como la referencia al concepto de *campo*, procedente de la tradición de investigación de Pierre Bourdieu.

El concepto de *espacio de los movimientos sociales* que proponemos aquí parte, en lo esencial, de las preocupaciones y constataciones de estos autores, y se inscribe de forma global en la misma tradición de investigación. No obstante, el hecho de que este concepto se diferencie en ciertos aspectos justifica que se realice una presentación relativamente elaborada. Oportunidad que nos permitirá ubicarlo en relación con las articulaciones de diversas teorías de la acción colectiva (así como, con los cuadros conceptuales provenientes de otros dominios de las ciencias sociales) y, *en definitiva*, posibilitará la evaluación de su alcance heurístico, junto con algunas de sus limitaciones. De forma particular, la cuestión de la articulación entre las dimensiones estructurales (la relativa autonomía del espacio de los movimientos sociales y las relaciones que éste mantiene con otros sectores del mundo social) y las dimensiones pragmáticas (las condiciones y los modos de compromiso de los individuos en la acción de protesta) estará en el núcleo de nuestra tentativa de conceptualización, la cual se apoya en el estudio de los diferentes movimientos que se presentan a lo largo del artículo.

Un espacio de interdependencia específica

Definimos, de forma mínima, el espacio de los movimientos sociales como un universo de prácticas y de sentidos relativamente autónomo en el interior del mundo social, y en el cual las movilizaciones se encuentran unidas por relaciones de interdependencia. Localizar de este modo la actividad contestataria permite captar la dinámica interna de las relaciones que vinculan entre sí las diferentes causas y las organizaciones y militantes que las apoyan y las hacen existir, así como, en el plano externo, las relaciones que esta esfera de actividad mantiene con otros universos sociales, como por ejemplo: el campo político, el medio sindical, el ámbito económico o incluso –la lista no es exhaustiva– el mundo de los medios de comunicación.

La hipótesis según la cual se estaría constituyendo en Francia un espacio de movimientos sociales se basa en el postulado de una mayor diferenciación en nuestras sociedades, compuestas por una multiplicidad de universos sociales relativamente autónomos unos de otros, y atravesados por lógicas propias. Esta diferenciación ha sido notablemente teorizada por Norbert Elias⁸, Pierre Bourdieu⁹, Niklas Luhmann¹⁰ y Michel Dobry¹¹, quienes han propuesto, respectivamente, denominar como *configuraciones*, *campos*, *sistemas* o *sectores* a estos diversos universos, subrayando cada uno sus propiedades o dinámicas internas –como la interdependencia que une los distintos elementos (Elias), las homologías que los acercan (Bourdieu), su característica autorreferencial (Luhmann) o las variaciones en su grado de objetivación (Dobry). Siguiendo a estos autores, nosotros postularemos que las movilizaciones contemporáneas se despliegan en un universo relativamente autónomo, atravesado por lógicas propias y en el cual los diferentes elementos se encuentran unidos por relaciones de dependencia mutua. Estas relaciones son fluctuantes, ya que son extremadamente sensibles a las evoluciones del contexto, y pueden ir desde la cooperación o coalición hasta la concurrencia o la rivalidad. Este espacio autorreferencial se distingue de otros universos constitutivos del mundo social, en la

⁸ Elias, N., *La Société des individus*, Paris, Pocket, 1991. (Existe versión en castellano: *La sociedad de los individuos*, Madrid, Península, 1990)

⁹ Bourdieu, P., "Genèse et structure du champ religieux", *Revue française de sociologie*, XII, 1971; Bourdieu, P., "Le champ littéraire", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89, 1991. (Existen versiones en castellano: "Génesis y estructura del campo religioso", en *Revista Relaciones*, otoño, año 17, nº 18, 2006. Y, "El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método", en *Revista Criterios*, nº 25-28, 1989-1990. Ambos con acceso online.)

¹⁰ Luhmann, N., *The Differentiation of Society*, New York, University of Columbia Press, 1982.

¹¹ Dobry, M., *Sociologie des crises politiques*, Paris, Presses de la FNSP, 1986. (Existe versión en castellano: *Sociología de las crisis políticas*, Madrid, Centro de Investigaciones sociológicas, 1988).

medida que propone a los actores individuales o colectivos que lo componen apuestas específicas, con sus temporalidades organizadas, con reglas y principios de evaluación propios, los cuales condicionan sus prácticas, tomas de posición, anticipaciones y estrategias. Cabe añadir que la completa pertenencia al espacio de los movimientos sociales supone el dominio de unas habilidades inherentes a las diferentes prácticas allí utilizadas –en particular, la adquisición de un repertorio de acción colectiva¹²–, al igual que el conocimiento de los principios de clasificación de los múltiples movimientos y organizaciones que lo componen, junto con los principios que permiten orientar y evaluarse mutuamente, respecto a organizaciones rivales o concurrentes y que (como el conjunto de habilidades para la acción colectiva) han sido adquiridas en el curso de una carrera militante¹³ a través de un proceso de socialización específica.

El concepto de espacio de los movimientos sociales se relaciona igualmente con el *sector de movimiento social* propuesto por John McCarthy y Mayer N. Zald, y que “consiste en el conjunto de movimientos sociales de una sociedad¹⁴”. Sin embargo, aquél se distingue en que no aspira solamente a aprehender, como hacen estos dos autores, las relaciones entre las diferentes “causas” –que de forma muy significativa serán designadas por medio de la metáfora económica de *industrias del movimiento social*–, bajo el único ángulo de la competencia por la adquisición de recursos (como las empresas rivalizan por la captación de una clientela), sino que más bien nuestro concepto pretende captar la dinámica de un universo social donde los diferentes movimientos y organizaciones están en interdependencia, ella misma inscrita en procesos evolutivos de extensión o retractación de la actividad contestataria. La interdependencia que vincula a los diferentes movimientos no es estática, sino que se encuentra en constante evolución, lo que explica que ciertas causas puedan, coyunturalmente, aparecer como más “defendibles”, “vanguardistas” o legítimas (o, a la inversa, “indefendibles”, “trasnochadas” o desacreditadas), e incluso acabar convirtiéndose en verdaderos *puntos de referencia*, en función de los que otras movilizaciones tenderán a elaborar sus expectativas y estrategias. Así, en el curso de la década pasada, dentro del espacio francés de movimientos sociales se han sucedido varias movilizaciones que, en relación a su resonancia pública, e incluso en algunos casos, a su éxito, consiguieron acceder a este estatuto de punto de referencia, hacia el cual convergen otros movimientos y desde donde tienden a inspirarse. La “incautación” en 1994 de un inmueble en la calle del Dragón por el movimiento Derecho a la vivienda, las huelgas y las manifestaciones de noviembre-diciembre de 1995, la ocupación de la iglesia Saint-Bernard por los *sin papeles* en 1996, el movimiento de desocupados a finales de 1997, etc., todos ellos han constituido episodios ejemplares para la actividad contestataria, cuya influencia ha desbordado ampliamente las organizaciones especializadas en las reivindicaciones propias de cada movimiento (así lo testimonian, entre otros ejemplos, la “llamada de los sin” en apoyo a los huelguistas de diciembre de 1995, o la adhesión de la asociación de lucha contra el sida, Act Up, a la causa de los sin papeles).

Desde este punto de vista, el espacio de los movimientos sociales aparece como una *zona de evaluación mutua*: el nivel de actividad de otros movimientos sociales y organizaciones, el resultado de sus intentos de movilización, sus innovaciones tácticas o los originales formatos de sus reivindicaciones, etc., son el objeto de una permanente aprehensión perceptiva, y constituyen los indicadores de un estado del contexto sobre el que se fundan las evaluaciones de lo “factible”, lo “oportuno”, o incluso lo “arriesgado”. De este modo se puede comprender el desarrollo de ciclos de contestación, ya que el éxito de ciertos grupos incita a su vez a otros a entrar en el juego de la protesta y defender sus propias reivindicaciones. Por ejemplo, la victoria de los estudiantes en 1986, contrarios a la reforma de las universidades de Alain Devaquet, indicó que el gobierno se

¹² Tilly, C., *From Mobilization to Revolution*, New York, Random House, 1978.

¹³ Fillieule, O., “Post-scriptum: propositions pour une analyse processuelle de l’engagement individuel”, *Revue française de science politique*, 51, (1-29, 2001). (Existe versión en castellano dentro de este dossier: “Teoría sociológica y movilización política: Por una aproximación estructural en el estudio de la acción colectiva y los procesos de politización. Revista *Intersticios*, 7, Nº 1, 2013.)

¹⁴ McCarthy, J. D., y Zald, M. N., “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, 82 (6), 1977, p. 1220.

encontraba en una posición de debilidad, e incitó a otros grupos (los ferroviarios, especialmente) a movilizarse también para hacer valer sus propios intereses. Varios autores han señalado algunos efectos de esta evaluación mutua: Doug McAdam ha destacado la difusión, más allá de su foco originario, de las innovaciones en los repertorios de acción, una vez que ya han dado ciertas muestras de eficacia¹⁵, del mismo modo, David Meyer y Nancy Whittier han mostrado que algunos movimientos pudieron servir de modelo para otros, que intentaron inspirarse en los repertorios, los “marcos” de expresión de las reivindicaciones y las formas de organización que parecían haber tenido su éxito¹⁶. Desde este punto de vista, el éxito no es el único que ejerce una influencia: los fracasos aportan también indicaciones sobre el estado del contexto (en particular, sobre el estado de la relación de fuerzas que se opone a las autoridades) y suministran desde una dimensión táctica ciertos tipos de “ejemplos a no seguir”. Serge Proust ha mostrado que la “radicalidad” del movimiento de los trabajadores eventuales del espectáculo en el verano de 2003 es un producto del precedente movimiento contra la reforma de la jubilación, cuyo fracaso fue atribuido a una insuficiente combatividad¹⁷. Se advierte, de paso, que este enfoque situacional y comprehensivo integra las recientes revisiones de la teoría de las oportunidades políticas. En respuesta a las numerosas y vigorosas críticas que se produjeron contra su objetivismo, sus principales adeptos han abandonado su definición de “estructura” en beneficio de una concepción situada (es decir, relativa a un contexto particular) y subjetiva: las oportunidades no constituyen tanto un dato estable y “objetivo” sino más bien la interpretación que los actores se hacen de la determinación e intenciones de su adversario¹⁸.

Las lógicas de imitación no son sólo reconocibles entre los movimientos próximos por sus ámbitos de acción o su ideología, sino también entre los movimientos que se oponen con fuerte antagonismo. De este modo, Suzanne Staggenbourg ha mostrado, en su estudio sobre la oposición entre los movimientos *pro-choice* y *pro-life* americanos, como cada uno ha tendido continuamente a ajustar sus formas de organización y sus acciones para responder a los desafíos propuestos por las innovaciones tácticas de su antagonista, un proceso que ha producido un relativo *isomorfismo* de dos movimientos¹⁹. El mismo fenómeno ha sido señalado en Francia con ocasión de las manifestaciones contra el PACS [Uniones de Hecho], que sus organizadores han concebido en referencia a la celebración del orgullo gay, intentando reproducir el carácter alegre y festivo, aunque invirtiendo diametralmente el sentido. Esta tendencia a la imitación –que supone también un sutil trabajo de distinción- de las formas de acción empleadas por los adversarios constituye un efecto de la rivalidad entre los movimientos, efecto que les obliga a implicarse en temáticas abiertas por sus oponentes, para así no facilitarles la exclusividad, intentando “hacerlo mejor” o, al menos, hacerlo “igual de bien” (como en el caso de las concentraciones de opositores y defensores del aborto durante el proceso de los “comandos anti-IVG”²⁰, en el curso de las cuales era importante no parecer menos numeroso que el adversario en cada una de las acciones). Más aún, la interdependencia conflictual a la que son llevados los movimientos condiciona de forma duradera su acción: los movimientos no son totalmente dueños de su calendario y de los envites de

¹⁵ McAdam, D., “Tactical Innovation and the Pace of Insurgency”, *American Sociological Review*, 48, 1983.

¹⁶ Meyer, D. S., y Whittier, N., “Social Movement Spillover”, *Social Problems*, 41 (2), 1994.

¹⁷ Proust, S., “Les luttes autor du régime de l’intermittence et leur radicalisation en 2003”, en Balasanski, J., Matheiu, L., (Dir.), *Art et contestation*, Rennes, PUR, 2006.

¹⁸ Desde esta nueva perspectiva, “ninguna oportunidad, incluso objetivamente abierta, puede invitar a la movilización si ésta no es: a) visible para los potenciales protestadores y b) percibida como una oportunidad”. Véase McAdam, D., Tarrow, S., y Tilly, C., *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press, 2001, p. 43. (Existe versión en castellano: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Editorial Hacer, 2006)

¹⁹ Staggenbourg, S., *The Pro-Choice Movement. Organization and Activism in the Abortion Conflict*, Oxford University Press, 1991, p. 95.

²⁰ N. de T. Sigla de *Interruption Volontaire de la Grossesse*, interrupción voluntaria del embarazo.

sus movilizaciones, sino que éstos les son impuestos por las iniciativas de su adversario, frente a las que es indispensable contraatacar²¹.

Cada posición ocupada en el seno del espacio de los movimientos sociales es definida por un conjunto de propiedades pertinentes, como son: la importancia de los recursos materiales y los efectivos de la organización considerada, su historia (y así, eventualmente, su legitimidad, fruto de su antigüedad y de las “grandes victorias” que ha podido conseguir en el pasado), su inspiración ideológica, religiosa o filosófica, su reclutamiento social (respecto al género, la edad, el volumen de capital de sus miembros, escolar, económico, simbólico, o incluso social), etc. Las afinidades ideológicas y las homologías del reclutamiento militante permiten identificar diferentes *polos* dentro del espacio de los movimientos sociales²², los cuales a menudo desempeñan un papel decisivo en los procesos de movilización. La sociología del militante no tiene solamente que resaltar la frecuente *multiposicionalidad* de los actores de los movimientos sociales, en general activos en la defensa de un conjunto diversificado de causas, sino que también tiene que mostrar, mediante el recurso a las herramientas del análisis de redes, las conexiones que estos militantes “multi-encuadrados” están en condiciones de engendrar entre distintos emplazamientos de movilización, contribuyendo así de forma considerable al impulso de las dinámicas contestatarias²³.

Igualmente, cada posición se encuentra definida por su proximidad respecto a otros universos sociales, y más en concreto, por su grado de autonomía, o a la inversa, de heteronomía. En efecto, considerar que el espacio de los movimientos sociales dispone de una autonomía *relativa* es postular que el juego que ahí se juega y las apuestas propuestas son distintas de aquellas que se plantean en otros campos sociales (por ejemplo, los movimientos sociales no ofrecen puestos electorales), lo que no quita que se encuentre sometido a la influencia que pueden ejercer sobre él, en grados diversos según el contexto y las zonas del espacio, la multiplicidad de los otros universos. Así, algunos movimientos protegen celosamente su autonomía respecto al mundo partidista (tal es el caso ATTAC o la Liga de los Derechos del Hombre, cuyos estatutos impiden a sus miembros mantener su pertenencia a la asociación si pretenden presentarse como candidatos a una elección), mientras que otros establecen claros vínculos con los partidos o están implicados en relaciones institucionalizadas con el sistema político. Algunos se orientan hacia las fuentes de financiamiento privado y entablan relaciones complejas con el campo económico (como Act Up [grupo de lucha contra el sida], cuya financiación por parte de los laboratorios farmacéuticos ha suscitado notables tensiones internas). Otros incluso mantienen relaciones estrechas con el mundo jurídico (como GISTI, que moviliza los recursos del derecho en la defensa de los extranjeros), con el campo intelectual (como ATTAC, dotado de un “consejo científico” donde se reúne a los universitarios), con el campo médico (como las asociaciones de enfermos de sida) o con el campo religioso (como el movimiento pro-vida, vinculado con ciertas fracciones de la Iglesia Católica). Todos son dependientes de la cobertura mediática y, en consecuencia, deben adaptar sus acciones públicas a las expectativas del mundo mediático o tejer relaciones de “connivencia” con los periodistas²⁴.

²¹ Tal es la situación en el movimiento feminista, donde algunos líderes lamentan que la defensa del derecho al aborto, amenazado por los “comandos anti-IVG”, les impide consagrarse a otros asuntos, tales como la desigualdad de salarios o el trabajo a tiempo parcial no elegido; cf. Mathieu, L., “Repères pour une sociologie des croisades morales”, *Déviance et société*, 29 (1), 2005.

²² Véase el movimiento de precarios, autodefinido como “mouvement des sans”, estudiado por Mouchard, D., “Les mobilisations des “sans” dans la France contemporaine: l’émergence d’un radicalisme autolimité”, *Revue française de science politique*, 52 (4), 2002.

²³ Aquí, se puede consultar, Curtis, R. L., y Zurcher, L. A., “Stable Resources of Protest Movements: The Multi-Organizational Field”, *Social Forces*, 52(1), 1973, y Fillieule, O., y Blanchard, P., “Carrières militantes et engagements contre la globalisation”, en Agrikoliansky, y E., Sommier, I., (Dir.), *Radiographie du mouvement altermondialiste*, Paris, La Dispute, 2005.

²⁴ Véase Neveu, E., “Médias, mouvements sociaux et espace public”, *Réseaux*, 98, 1999.

Las transformaciones tanto de la composición de sus efectivos como de sus relaciones con los otros elementos del mundo social explican las evoluciones, a veces importantes, de la posición ocupada por una misma organización a lo largo del tiempo en el interior del espacio. La sucesión de generaciones militantes, la evolución de las relaciones de fuerza internas, la pérdida o ganancia de autonomía respecto al mundo político, sindical o incluso religioso, las variaciones del nivel de recursos materiales, etc., pueden contribuir a modificar de forma sustancial la identidad y los objetivos de una organización. Un ejemplo de ello se encuentra en AC!²⁵, asociación de lucha contra el desempleo fundada en 1993 por sindicalistas que, frente a la reticencia de las grandes confederaciones para apoderarse del problema del desempleo, lanzaron lo que en principio pretendía ser mucho más una red de lucha por la abolición del desempleo que una organización de parados. Esa primera vocación y la posición ocupada en el seno del espacio de los movimientos sociales (entonces, AC! se encontraba en una de las zonas más sumisas a la influencia del campo sindical) propiciaron enseguida la Marcha contra el desempleo de 1994, que atrajo a muchos desempleados, con frecuencia de larga duración y mucha precariedad. Con el efecto de esta llegada masiva de nuevos militantes, no solamente la “red” se transformó en una organización de desempleados, paralela cuando no competidora de las ya existentes, sino que los fundadores sindicalistas se volvieron minoritarios y la reivindicación de reducción del tiempo de trabajo que éstos defendían fue marginada por los desempleados en tanto que reivindicación, quienes ahora exigían mucho más un mejoramiento de sus medios de existencia, sin apenas referencia a la ocupación de un empleo.

Una autonomía relativa y evolutiva

La cuestión de la autonomía es crucial para la comprensión de aquello que nosotros entendemos como el espacio de los movimientos sociales, y más en concreto, para la inteligibilidad de las relaciones que esta noción mantiene con el concepto de campo. Aprender el grado de autonomía –o, a la inversa, de heteronomía– del espacio de los movimientos sociales demanda orientarse hacia las fronteras que lo separan de otros ámbitos del mundo social, y en especial, del campo político. Aunque la labor de trazar tal límite no corresponde al analista, que más bien debe seguir la invitación de G. Mauger de considerar que “la ausencia de definición del “movimiento social” es [...] parte de su definición”²⁶ ya que la delimitación de las fronteras del espacio es en sí misma una apuesta de la lucha que opone a sus diversos componentes.

Una atención focalizada sobre las luchas por la definición y la delimitación es característica del análisis de los campos, a la cual se remite G. Mauger. Por tanto, no nos parece posible otorgar el título de campo al universo que conforman los movimientos sociales, y esto por varias razones. La primera es que el universo contestatario nos parece que no dispone del grado de objetivación, estructuración e institucionalización suficiente para que pueda corresponder con lo que Bourdieu, en sus definiciones más rigurosas, define como un campo²⁷. En primer lugar, desde una dimensión interna, el espacio de los movimientos sociales se muestra como un universo muy débilmente unificado, en el seno del cual las relaciones sociales se encuentran muy poco objetivadas, para pretender el título de campo. El universo contestatario constituye, desde este punto de vista, una esfera de actividad considerablemente informal, desprovista de toda instancia de regulación de las relaciones sociales internas –capaz de establecer directamente veredictos indiscutibles sobre las competiciones internas (a la manera de las elecciones dentro del campo político o de los escrutinios profesionales en el campo sindical) o de sancionar las faltas respecto a los principios de su funcionamiento–; y ello unido a su dispersión en una multiplicidad de causas a menudo desconectadas las unas de las otras, lo que impide acceder a una

²⁵ N. de T. AC! Agir contre le chômage et la précarité (Asociación contra el desempleo y la precariedad).

²⁶ “Pour une politique réflexive...”, art. cit., p. 33.

²⁷ Para una discusión más profunda de las ambigüedades del concepto de campo, Mathieu, L. y Roussel, V., “Pierre Bourdieu et le changement social”, *ContreTemps*, 4, 2002.

objetivación tal que le permita imponer una representación en tanto que dominio unificado. Del mismo modo, el espacio de los movimientos sociales está desprovisto de esa forma particular de institucionalización que es el reconocimiento por la ley (el cual delimita, restringiéndolo, un dominio de acción), a la manera del campo sindical²⁸.

Una segunda razón reside en las importantes variaciones de la autonomía del espacio de los movimientos sociales respecto a otros universos cercanos. Estas variaciones son las que nos impiden suscribir la proposición de G. Mauger según la cual “el movimiento social puede ser descrito como un subcampo dentro del campo político”²⁹, ya que la relación del espacio de los movimientos sociales con el campo político no puede ser puesta *a priori* como algo relevante de inclusión³⁰. Siguiendo a M. Dobry, más atento a los cambios de estado y las evoluciones coyunturales del grado de objetivación de los universos sociales, consideramos que el espacio de los movimientos sociales es un *universo cuya consistencia es objeto de sensibles variaciones en función del contexto*, que puede ir desde la casi desaparición (por ejemplo, en el periodo de una fuerte deflación de la actividad contestataria) hasta el acceso a una autonomía proclive a convertirlo en un universo distinto. Un rápido vistazo a las transformaciones del espacio de movimientos sociales francés después de 1968 permitirá apoyar esta aseveración, ilustrándola empíricamente.

El impulso contestatario que sigue a la crisis de mayo de 1968 puede ser considerado como una primera fase de autonomización de un espacio de movimientos sociales en Francia³¹. Tal como es analizado, por ejemplo, por G. Mauger³², este periodo corresponde a un proceso de reconversión de las inversiones políticas anteriores, y más precisamente de las inversiones revolucionarias defraudadas. La crisis de mayo no desembocó en la gran noche esperada, numerosos han sido los militantes a principios de los años 1970 –previamente socializados, ante todo, en actividades de orden contestatario, y de forma eventual, también en acciones violentas– que dejan las organizaciones de izquierda para readaptar sus destrezas sobre una multiplicidad de causas que, a pesar de su diversidad, compartían cierto número de puntos comunes, como una focalización sobre los “márgenes” (inmigrantes, prisioneros, enfermos mentales, etc.) y la defensa de identidades minoritarias (regionalismo, feminismo, homosexualidad, etc.). Esta proliferación, nos consta, ha sido objeto de muchos análisis, algunos se encuentran reagrupados bajo la denominación del “paradigma identitario”³³, quienes han sub-

²⁸ Sobre la génesis y desafíos de la ley en relación a la creación de los sindicatos, véase Barbet, D., “Retour sur la loi de 1884. La production des frontières du syndical et du politique”, *Genèses*, 3, 1991.

²⁹ *Art. cit.*, p. 37.

³⁰ De igual forma, no podrá ser considerado (tal como hace la corriente teórica de la estructura de oportunidades políticas) como un ámbito marcado exclusivamente por la dependencia: las relaciones entre movimientos sociales y “sistema político” no son unívocas, y en la historia no faltan ejemplos de políticas gubernamentales influidas por la presión de movilizaciones contestatarias. Un ejemplo puede ser la perspectiva defendida por Hanspeter Kriesi y su equipo, para quienes la estructura de oportunidades políticas “determina en gran medida las estrategias del movimiento, su nivel de movilización y los resultados del proceso de movilización”; Kriesi, H.; Koopmans, R., Duyvendak, J. W., y Giugni, M., *New Social Movements in Western Europe*, London, UCL, 1995, p. XV.

³¹ La adopción de una perspectiva temporal más larga, y que considere las relaciones entre movimientos contestatarios y la política institucional en los periodos anteriores, sería muy esclarecedora, aunque exigiría un conocimiento histórico superior al que nosotros disponemos. Sólo señalar que tal perspectiva no podría, sin anacronismos, ir más allá de la emergencia de la “forma” movimiento social, que Charles Tilly sitúa en el siglo XVIII: Tilly, C., *Social Movements, 1768-2004*, Boulder, Paradigm Publisher, 2004. (Existe versión en castellano: *Los movimientos sociales, 1768-2004: desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica, 2009).

³² Mauger, G., “Gauchisme, contre-culture et néo-libéralisme: pour une histoire de la ‘génération 68’”, en CURAPP, *L’identité politique*, Paris, PUF, 1994.

³³ Véase Cohen, J. L., “Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements”, *Social Research*, 53 (4), 1985. Este enfoque está representado en Francia principalmente por los trabajos de Alain Touraine (especialmente *La voix et le regard*, Paris, Le Seuil, 1978) y su equipo.

rayado tanto su carácter novedoso como su focalización sobre las apuestas “post materialistas”, junto con su reclutamiento privilegiado procedente de la “nueva pequeña burguesía”.

Esta primera autonomización del espacio de los movimientos sociales no es, por cierto, completa. Las representaciones y esquemas de percepción de muchos militantes se encuentran fuertemente impregnados de referencias marxianas, fruto de su paso por las organizaciones “revolucionarias” o de la cercanía con ellas³⁴. Sobre todo, la desconfianza respecto al Estado³⁵, que define a muchos de los movimientos de los años 1970, se atenúa a medida que el Partido Socialista consigue posicionarse, en el seno del campo político, como el “sitio natural” de las reivindicaciones de los movimientos sociales, de los que, por otro lado, se propuso reclutar a muchos de sus militantes (y de forma especial, a nivel local). La nueva posición del PS [Partido Socialista], resituado dentro de la lógica de competición que ahora le opone al PCF [Partido Comunista Francés], y la verificación de su capacidad para representar una alternativa política creíble, promueve un *alineamiento de las anticipaciones* en los actores insertos en el espacio de los movimientos sociales respecto al calendario electoral –las legislativas de 1978 y después las presidenciales de 1981. Esta creciente influencia del campo político partidario sobre los cálculos y previsiones de los movimientos sociales se acentúa tras la victoria de F. Mitterrand, la cual provocará una deflación de la actividad contestataria (bajo el doble efecto de la satisfacción –al menos parcial- de cierto número de reivindicaciones y de una transferencia de muchos responsables asociativos hacia los gabinetes ministeriales del nuevo gobierno socialista)³⁶.

La “captación” de las expectativas contestatarias y de una porción de los líderes por el PS aportó su contribución al debilitamiento del espacio de los movimientos sociales que conoció Francia en los años 1980. Sin embargo, esta no fue la única, puesto que vino a incrementar el desmoronamiento de la extrema izquierda, a mediados de los años 1970 ligada al derrumbe del Partido Comunista, al igual que a la caída de las adhesiones sindicales y de las jornadas de huelga. De forma simultánea al declive de algunos de los principales sitios de socialización militante, desde el punto de vista simbólico, la pertinencia política de las opciones contestatarias entró entonces en crisis. La sola constatación del hundimiento de la actividad de protesta³⁷ (que se acompañó de la ideología sobre un supuesto “repliegue individualista” en la esfera privada) bastará aquí para indicar cómo la reanudación a principios de los años 1990 de la contestación ha llegado a constituir una “divina sorpresa” para los militantes, abrumados por la desmovilización de sus organizaciones y por una serie ininterrumpida de retrocesos sociales. La fase que entonces se inauguró de reconstitución del espacio de los movimientos sociales se produjo mediante una vuelta de las cuestiones económicas y sociales a un primer plano, lo que a la vez es la prueba de la precarización de la sociedad francesa y de la inadecuación para el

³⁴ Algo que muestra la recurrencia de buena parte de las interrogaciones que los militantes de la época se hacían sobre el “potencial revolucionario” de las “revueltas” en los “márgenes”, como son las de los *sin papeles* o de las prostitutas; se puede consultar Siméant, J., *La cause des sans-papiers*, Paris, Presses de Sciences Po, 1998, y Mathieu, L., *Mobilisations de prostituées*, Paris, Belin, 2001.

³⁵ Y más precisamente respecto a las supuestas veleidades del “control social” y sus instrumentos “represivos”, tales como las reglas del derecho; véase Spanou, C., “Le droit instrument de la contestation sociale? Les nouveaux mouvements sociaux face au droit, en Lochak, D., (Dir.), *Les usages sociaux du droit*, Paris, PUF-CURAPP, 1989.

³⁶ El movimiento contra la ‘doble pena’ ofrece una ilustración de este proceso: la entrada de algunos responsables de las asociaciones (en especial, del GISTI y del Sindicato de la magistratura) en los gabinetes ministeriales engendra nuevas alianzas y obstaculiza la expresión de las críticas enfocadas hacia la reforma legislativa de octubre de 1981, referente a la entrada y estancia de extranjeros en Francia, la cual no respondió más que parcialmente a las expectativas de los movimientos pro-inmigrantes; aquí puede consultarse Mathieu, L., *La double peine. Histoire d’une lutte inachevée*, Paris, La Dispute, 2006, cap. 3. [GISTI: Groupe d’information et de Soutiene des immigrés: Grupo de información y apoyo a los inmigrantes. Doble pena: aplicada a los inmigrantes extracomunitarios, consiste en la expulsión de los extranjeros que han cumplido condena por delitos penales. N. de T.].

³⁷ Véase Sommier, I., *Le renouveau des mouvements contestataires à l’heure de la mondialisation*, Paris, Flammarion, 2003, y Denis, J.-M., (Dir.), *Le conflit en grève? Tendances et perspectives de la conflictualité contemporaine*, Paris, La Dispute, 2005.

análisis de las tesis del “postmaterialismo”, invocado por la teoría de los “nuevos movimientos sociales”³⁸. Act Up, fundada en 1989, hizo del acceso a la salud uno de sus principales ejes de lucha, en el momento que el sida tocaba de forma creciente a las poblaciones más postergadas. Derecho a la vivienda (DAL), nacida en 1990 –tras el Comité des mal-logés [de viviendas precarias]- desarrolló una estrategia de ocupación de viviendas vacías que propició el nacimiento de la asociación Droits devant!!, la cual mantiene estrechas relaciones con las diferentes asociaciones de desocupados. Los episodios de protestas se suceden: entre los más destacados, recordemos la movilización feminista de noviembre de 1995, la petición contra la ley de inmigración “ley Debré” de 1996, o incluso la gran manifestación contra el Frente Nacional en Estrasburgo en 1997³⁹.

El vasto movimiento de huelga de la función pública de noviembre-diciembre de 1995 ha jugado un rol decisivo en la nueva autonomización del espacio de los movimientos sociales, ya que la obtención de la retirada parcial del proyecto de reforma de la Seguridad Social de Alain Juppé ha mostrado que, *por sí misma*, una amplia movilización era capaz de hacer retroceder al gobierno, es decir, sin que fuese necesario el relevo de fuerzas partidistas. El conjunto de estas movilizaciones, y los éxitos relativos cosechados, han consolidado la autorreferencia del espacio de los movimientos sociales, *i.e.*, la representación compartida por muchos de sus miembros de constituir un universo distinto, el cual (aunque a distancia del campo partidario) no está menos capacitado para condicionar de forma significativa el curso de la vida política. Uno de los principales indicios de consolidación de la autonomía y autorreferencia del espacio de los movimientos sociales que entonces se produjo fue la apelación de “Nosotros somos la izquierda”, lanzada por Act Up y asumida por diferentes personalidades y organizaciones (GISTI, Sindicato de la magistratura, miembros de AC! [Movimiento de Desempleados], DAL [Derecho a la Vivienda], asociaciones de lucha contra el sida, intelectuales y artistas) con ocasión de las elecciones legislativas de 1997, reivindicación que coloca a los movimientos sociales en competencia directa con los partidos por la representación de la “izquierda”⁴⁰.

La constitución del movimiento altermundista puede ser considerada como una de las expresiones, a la vez que una prolongación, de esta nueva autonomización del espacio de los movimientos sociales, ya que este movimiento reagrupa la mayor parte de las organizaciones emblemáticas del resurgir de la protesta en los años 1990. Asimismo, es significativa la atención vigilante centrada sobre las relaciones con el universo de los partidos, que en sí muestra una voluntad explícita de cierre del espacio. ATTAC, como hemos dicho, prohíbe a sus miembros que mantengan su pertenencia a la asociación si se comprometen en la carrera electoral, y la “Carta de los Foros Sociales” se preocupa de forma explícita por definirse como un “espacio plural diversificado, no confesional, no gubernamental y no partidario”. El descrédito de los partidos, el temor a una “recuperación” de la crítica altermundista para fines electorales y la voluntad de preservar un espacio de militantismo “desinteresado” (una vez que está desprovisto de toda ambición por hacer carrera política) contribuyen a explicar este cierre respecto al universo partidario. Sin embargo, la autonomía resulta muy difícil de preservar, a raíz de la porosidad existente entre el espacio de los movimientos sociales y el campo político, consecuencia, en parte, del multi-posicionamiento de muchos militantes y responsables altermundistas, a su vez miembros de partidos de izquierda o extrema izquierda. Esta porosidad también se encuentra relacionada

³⁸ Véase Mathieu, L., “Les nouvelles formes de la contestation sociale”, *Regards su l’actualité*, 251, 1999.

³⁹ N. de T. El 30 de marzo de 1997 a iniciativa del Frente Nacional francés se celebra en Estrasburgo el primer congreso de partidos nacionalistas europeos, con una explícita orientación hacia la extrema derecha, de donde posteriormente nacerá EuroNat (congregación europea de partidos nacionalistas de la Unión Europea).

⁴⁰ En particular, la reclamación afirma que “por todas partes nosotros hemos reinvertido el espacio vacante dejado por los que eran considerados nuestros representantes. Por todas partes hemos taponado las brechas abiertas por políticas gubernamentales cada vez más inadecuadas. Si la izquierda verdaderamente quiere construir una Europa política y social, si quiere terminar con esta política inicua de inmigración, si quiere luchar contra el paro, organizar la solidaridad con los países del Sur, llevar una política de lucha contra el sida para todas las personas afectadas, devolver la prioridad a la Educación y a la Cultura, reconocer que la represión contra la toxicomanía debe dejar paso a una política de reducción de los riesgos, ella debe demostrarlo”.

con el hecho de que los partidos no pueden permanecer por mucho tiempo indiferentes al éxito de las cuestiones altermundistas y, rápidamente, han emprendido conexiones con el movimiento que las defiende. Para concluir, es inherente a la dependencia del movimiento respecto a los recursos materiales, la circunstancia de que el campo político sea el único en condiciones para proveérselos, lo que produce que los altermundistas oscilen entre una proclamada desconfianza y una cooperación de hecho⁴¹. A pesar del alto grado de autonomía y de autorreferencia, el espacio de los movimientos sociales sigue en muchas consideraciones sometido a la influencia del campo político.

Las relaciones complejas que mantienen los movimientos sociales con el mundo político deben también comprenderse en función de las transformaciones propias del universo partidario, y especialmente en relación con la conversión al social-liberalismo de la principal fuerza de izquierda. En efecto, la coyuntura de los años 1990 se distingue de la de los años 1970 por la experiencia del Partido Socialista en el poder. Aunque, como se ha visto, este partido había canalizado las expectativas de los movimientos sociales en torno a la candidatura de F. Mitterrand, fue la posterior decepción de muchos militantes de izquierda la que favoreció un militantismo más temático y percibido como mucho más “concreto” y “desinteresado” en el seno mundo asociativo⁴². Este fenómeno es solidario con una tendencia de cierre del campo político, toda vez que las posiciones dominantes se encuentran progresivamente bloqueadas para los militantes, en beneficio de unos profesionales que están mejor dotados de capitales (escolares, sobre todo, y adquiridos en las “escuelas de poder”, tales como Sciences Po y la ENA⁴³), promocionados en función de los criterios de una definición de excelencia política, aunque mucho menos insertados en las redes (sindicales o asociativas) extra-partidarias⁴⁴. En otros términos, la conquista de autonomía relativa del espacio de los movimientos sociales puede, en ciertos aspectos, ser considerada como un efecto de otra autonomización, aquella que se produce en el campo político partidista y que tiene por efecto el cierre respecto a los profanos.

Cabe añadir, para finalizar esta parte, una tercera razón que nos parece postular en contra de una aprehensión de las movilizaciones contestatarias en términos de “campo”. Este concepto valora las apuestas y formas propias de los movimientos sociales, y puede ser delimitado a partir de la homología establecida por P. Bourdieu entre el campo político y el campo religioso⁴⁵. Inspirándose directamente en la sociología de la religión de Max Weber⁴⁶, Bourdieu considera que cada uno de estos dos campos está fundado sobre una división entre los profanos y el cuerpo de especialistas en la gestión de los bienes políticos y de los bienes de salvación, respectivamente: los profesionales de la política y los sacerdotes, detentadores exclusivos de las competencias específicas para su ámbito de acción y en disposición de un corpus doctrinario elaborado. En los márgenes de cada uno de estos campos se encuentran los agentes que expresan una pretensión respecto al ejercicio del poder político o religioso, aunque según formas radicalmente diferentes de las practicadas por los políticos o los sacerdotes: estos son, respectivamente, los revolucionarios y los profetas, defensores de una

⁴¹ La organización del Foro Social Europeo de Saint-Denis, por ejemplo, no habría sido posible sin el apoyo material de muchos ayuntamientos comunistas. Sobre lo que precede, cf. Mathieu, L., “La constitution du mouvement altermondialiste français”, *Critique internationale*, 27, 2005.

⁴² Véase el estudio de este proceso de desafección respecto al militantismo partidario de los militantes de la Liga de los Derechos del Hombre, conducido por Agrikoliansky, E., *La Ligue française des droits de l’homme et du citoyen depuis 1945*, Paris, L’Harmattan, 2002.

⁴³ N. de T. ENA, École Nationale d’Administration [Escuela Nacional de la Administración], creada en 1945 es de donde sale gran parte del alto funcionariado francés.

⁴⁴ Véase. Birnbaum, P., (Dir.), *Les élites socialistes au pouvoir*, Paris, PUF, 1985, al igual que Lefebvre, R., y Sawicki, F., *La société des socialistes. Le PS aujourd’hui*, Broissieux, Le Croquant, 2006.

⁴⁵ Bourdieu, P., “La représentation politique”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 36-37, 1981 y “Genèse et structure du champ religieux”, *art. cit.*

⁴⁶ Weber, M., *Économie et société*, tomo 2, Paris, Pocket, 1995, p. 145-409. (Existe versión en castellano: *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969).

doctrina política o religiosa alternativa, y profundamente herética frente a los modos dominantes de gestión de los bienes políticos y de salvación.

La continuación con la homología invita a relacionar la posición de los movimientos sociales con la del brujo o del mago, manipulador profano (y profanador) de lo sagrado que “responde una tras otra a las demandas parciales e inmediatas”⁴⁷ (demandas de salvación, especialmente), y que no dispone de una doctrina sistemática, a pesar de que sus prácticas y sus discursos pueden apoyarse sobre formas degradadas y parcelarias de antiguas creencias devenidas heréticas. Así, también los movimientos sociales dependen de una irrupción de los profanos en el ámbito reservado a los especialistas, reivindicaciones profanas que a los ojos de los especialistas son a menudo ilegítimas. Ellos también intervienen sobre cuestiones precisas (medioambiente, empleo, inmigración, etc.) y se movilizan mediante desafíos concretos y limitados, exigiendo una respuesta inmediata para lo que identifican como riesgos (reforma del sistema de indemnización del desempleo, ley desfavorable para los inmigrantes, cultivo de plantas OGM [Organismos Genéticamente Modificados], etc.) para la población, de la que se autodenominan los defensores. Por otro lado, los movimientos están impregnados frecuentemente de elementos doctrinarios más o menos elaborados, o adaptaciones de teorizaciones intelectuales (por ejemplo, la teoría del “capital inmaterial” de Antonio Negri dentro del movimiento de los eventuales del espectáculo), aunque por el contrario, no disponen de un programa global de gobierno de la sociedad. La misma pretensión de ocupar el poder político conlleva una modificación de su estado, sea hacia políticos profesionales (si respetan las formas instituidas de competición política, esto es, se presentan a las elecciones), o sea hacia revolucionarios (si se atribuyen el objetivo de la toma del poder y, en simultaneidad, una transformación radical en los modos de ejercerlo)⁴⁸. En consecuencia los movimientos sociales están condenados a perseguir empresas relativamente dispersas, restringidas tanto en sus apuestas como en sus alcances, y auto-limitándose a los márgenes exteriores del campo político (salvo que se nieguen en tanto que movimiento social, es decir, se transformen en partidos políticos o movimientos revolucionarios).

Un universo de competencias especializadas

Nuestra presentación hasta ahora ha valorado solamente las dimensiones “estructurales” del espacio de los movimientos sociales, ya que ha tenido en cuenta sobre todo su estructuración interna y sus relaciones con otros elementos del mundo social. Ahora bien, sin limitar el alcance del concepto, éste se encuentra igualmente en condiciones para iluminar las dimensiones subjetivas (es decir, aquellas que dependen de las representaciones y percepciones de los agentes) y pragmáticas (las referidas a las modalidades concretas de realización de la acción) de la práctica contestataria. El espacio de los movimientos sociales puede así ser aprehendido como el emplazamiento dentro del cual se adquiere y actualiza todo un conjunto de competencias prácticas y cognitivas específicas, necesarias para la manejo de las movilizaciones. Desde esta perspec-

⁴⁷ Bourdieu, P., “Genèse et structure du champ religieux”, *art. cit.*, p. 321.

⁴⁸ Este es el dilema en el que parece encontrarse actualmente el movimiento altermundista, que ha sufrido una gran generalización de sus apuestas y temáticas, hasta el punto de situarse como contra-modelo al neoliberalismo, aunque también hasta el extremo de no saber demasiado bien cuáles son sus estatutos y sus objetivos. De ahí la tentación, como demostraron ciertos episodios recientes, de convertirse en una fuerza política que participe en la competición electoral; opción a la que se oponen quienes defienden un repliegue sobre el papel más intelectual de fomentar la elaboración de contra-proposiciones. Por su parte, la defensa de la opción revolucionaria parece limitada a algunos grupúsculos (o sectas) marginales, cuyas teorizaciones heréticas (en vista del contexto actual) tienden a descalificar.

tiva, se pueden llegar a articular los niveles de las “estructuras” y la “acción”⁴⁹, así como las dimensiones “subjetiva” y “objetiva” de la realidad social⁵⁰.

Considerar el espacio de los movimientos sociales como un universo de práctica y de sentido distinto supone que aquellos que forman parte de él, o que pretenden integrarse en él, manejan un conjunto de saberes y destrezas inherentes a la conducción de acciones contestatarias. En otros términos, la implicación en un movimiento social y la realización de diferentes actividades específicas (confeccionar octavillas, negociar el trayecto de una manifestación con la prefectura, retornar en su favor una asamblea general hostil, exponer las reivindicaciones a los medios, etc.) exige disponer de *unas competencias prácticas*, actualizadas en la situación y, muy a menudo, inaccesibles ya que proceden de un dominio pre-reflexivo: siendo adquiridas de manera implícita en y por la conducción de las luchas, estas competencias son difícilmente transmisibles de manera formal.

Las *competencias cognitivas*, en tanto conjunto de conocimientos y esquemas de percepción propios de la acción colectiva, no son menos importantes que las competencias de orden práctico, toda vez que permiten a los actores orientarse en el interior del espacio mediante el manejo del lenguaje y de principios de clasificación o categorización allí pertinentes, los cuales posibilitan distinguir los diferentes matices de las tradiciones o corrientes concurrentes (“lambertistas”, “libertarios”, “cathos de gauche” [católicos de izquierda], etc.). El dominio de estos esquemas de percepción informa y alimenta la práctica, en especial por la anticipación de las “bazas” que adversarios, concurrentes o socios son susceptibles de jugar en un contexto de acción dado. Asimismo, esta acción se fundamenta en la evaluación de las situaciones actuales en función de las *precedentes*, las cuales están en condiciones de ser usadas a modo de indicaciones y referencias. En efecto, durante las fases de movilización marcadas por una fuerte incertidumbre, los actores tienden a aferrarse a las experiencias pasadas comparables, para intentar definir una línea estratégica. Así, la orientación del movimiento de oposición a la reforma de las jubilaciones de la primavera de 2003 se basó ampliamente en el precedente victorioso de diciembre de 1995, aunque con unos efectos desmoralizantes cuando los huelguistas constataron que (tras la no-reconducción de la huelga en los transportes públicos) los que ocho años antes habían sido la “locomotora” del movimiento ahora se quedaban finalmente fuera de la lucha⁵¹.

Aunque no sea pertinente proporcionar una lista definitiva de los múltiples conocimientos y competencias que la participación en una acción colectiva requieren, sí que cabe señalar rápidamente algunos de ellos, a la vez que se subraya el interés que puede tener la reconsideración, desde una perspectiva pragmática, de ciertos temas clásicos dentro del análisis de los movimientos sociales. En esta línea, M. Dobry nos invita a una comprensión pragmática de los repertorios de acción colectiva cuando señala que su análisis intenta integrar “los dilemas prácticos que encuentran los actores en la realidad de sus movilizaciones”, que existen ante todo en forma de objetivaciones de experiencias pasadas, las cuales “condicionan cálculos, definiciones de las situaciones y expectativas en las acciones colectivas”⁵². Disponer de un dominio práctico de las diferentes formas de expresión pública de las reivindicaciones, conocer las ventajas, riesgos y tensiones de cada una de ellas y,

⁴⁹ Sobre la articulación entre “estructura” y “capacidad de acción” (*agency*), véase Sewell, W., “A Theory of Structure: Duality, Agency, and Transformation”, *American Journal of Sociology*, 98 (1), 1992.

⁵⁰ Puede consultarse, Berger, P., Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, Paris, Méridiens-Klincksieck, 1986. (Existe versión en castellano: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003).

⁵¹ Véase también cómo la influencia de lo precedente constituyó en parte la radicalización de la movilización de los eventuales dentro del mismo movimiento contra la reforma de las jubilaciones, señalada por S. Proust (cf. nota 16). Sobre el peso de los precedentes se puede consultar McAdam, D., y Sewell, W. Jr., “It’s About Time: Temporality in the Study of Social Movements and Revolutions”, en Aminzade, R., *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

⁵² Dobry, M., “Calcul, concurrence et gestion du sens”, en Favre, P., (Dir.), *La Manifestation*, Paris, Presses de la FNSP, 1990, p. 361 y 363.

sobre la base de este conocimiento, saber elegir aquella que más le conviene a los objetivos, la capacidad de movilización y los recursos del momento constituye en sí algo a menudo decisivo, desde la óptica de las competencias. La perspectiva elaborada por Danny Trom se inscribe en este mismo campo de preocupación cuando considera la acción colectiva como “un conjunto de actuaciones que se caracterizan por la actualización de una gramática política compartida”⁵³. Estas actuaciones o performances (que inscritas en un orden de motivos actualizarán las referencias al bien común y a la justicia) deben, añade Daniel Cefaï, “plegarse a las gramáticas de la vida pública” para llegar a ser admisibles, lo que implica orientar el análisis hacia la “dimensión dramática y retórica” de la acción colectiva⁵⁴.

Sin embargo, la riqueza de las ideas delineadas por la sociología pragmática e interaccionista para el análisis de la acción colectiva en situación no debe subestimar los efectos de la ubicación social y de la trayectoria específica de los protagonistas de las movilizaciones. En efecto, el orden de la interacción no agota la significación de lo que ahí se está jugando, como nos recuerda el mismo fundador del *frame analysis* quien consideraba que, comparada con el análisis de la estructura de la vida social, su perspectiva trataba “de lo que es secundario”⁵⁵. En otros términos, los enfoques pragmatistas padecen una tendencia hacia la naturalización de las competencias para la acción colectiva, ya que las consideran como una parte integrante *a priori* del equipamiento base de todo el conjunto de miembros de nuestras sociedades⁵⁶, y ello a pesar de que muchas movilizaciones –y muy especialmente los *poor people's movements*⁵⁷– muestran situaciones de desigualdades, a veces muy flagrantes, en relación a los grados de habilidades, saberes y destrezas contestatarias. La consideración de estas desigualdades, como numerosos trabajos han mostrado, permite esclarecer los procesos de alianza entre los grupos desprovistos de tradición y experiencia en la acción colectiva y los “puntales” más aguerridos que llegan a ser considerados como verdaderos “virtuosos” del militanteismo; a la vez que permite explicar la pasividad de todos aquellos grupos que, por el contrario, tendrían muy “buenas razones” para rebelarse⁵⁸. La explicación de estas disparidades ha de ser buscada, prioritariamente, en las diferentes trayectorias sociales, y de forma mucho más precisa dentro del tránsito (o su ausencia) por esas instancias de socialización militante que son, en primer lugar, la familia, pero también las instituciones de enseñanza o incluso el mundo del trabajo. Ser descendiente de una familia rica en experiencias contestatarias, donde ya desde la edad más joven se produce el aprendizaje de las formas militantes, por ejemplo, acompañar a los padres a las manifestaciones del 1º de mayo, haber conocido múltiples actividades asociativas durante la juventud, haber pasado por el militanteismo estudiantil, trabajar en un medio profesional fuertemente sindicalizado, etc., todas acaban constituyendo modalidades de adquisición de competencias para la acción colectiva, en sí mismas predictivas de una fuerte propensión hacia el compromiso.

La metáfora económica sobre la que se apoya el concepto de *capital militante*, recientemente propuesto por Frédérique Matonti y Franck Poupeau (que recupera gran parte de lo que nosotros designamos como compe-

⁵³ Trom, D., “Grammaire de la mobilisation et vocabulaires de motifs”, en Cefaï, D., y Trom, D., (Dir.),

Les formes de l'action collective, Paris, EHESS, “Raisons pratiques”, 2001, p. 108

⁵⁴ Cefaï, D., “Les cadres de l'action collective”, en Cefaï, D., y Trom, D., (Dir.), *ibid*, p. 50 y 51. Véase igualmente la invitación de James Jasper a considerar la conducción de los movimientos sociales como un *arte*, el cual busca “restituir la fuerza de la invención de los movimientos sociales y la creatividad individual y colectiva de sus miembros”, cf. Jasper, J., “L'art de protestation collective”, en Cefaï, D., y Trom, D., (Dir.), *ibid*, p. 137, y, del mismo autor, *The Art of Moral Protest*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

⁵⁵ Goffman, E., *Les cadres de l'expérience*, Paris, Minuit, 1991, p. 22. (Existe versión en castellano: *Frames analysis: los marcos de la experiencia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006).

⁵⁶ Para observar el balance crítico que erige en el seno de esta corriente teórica Nicolas Dodier, véase: “Le laboratoire des cités. L'espace et le mouvement du sens critique”, *Annales HSS*, 1, 2005.

⁵⁷ Piven, F. F., y Cloward, R. A., *Poor People's Movements*, New York, Vintage Books, 1977.

⁵⁸ Véase por ejemplo Siméant, J., *La cause des sans-papiers*, op. cit. y Mathieu, L., *Mobilisations de prostitués*, op. cit.

tencias para la acción colectiva), permite esclarecer la importancia de las desigualdades dentro del ámbito de los saberes y competencias para la protesta⁵⁹. Asimismo, posibilita vislumbrar lo que los autores denominan como la *tasa de cambio* de este capital, esto es, la mayor o menor valoración que las competencias o habilidades previas tendrán una vez que se transite desde el universo militante hacia otro, como por ejemplo, desde el espacio de los movimientos sociales o el mundo social hacia el campo político. Las carreras militantes, con frecuencia, se encuentran definidas por estas transferencias, en las cuales las competencias anteriormente adquiridas se reconvierten dentro de otro tipo de actividad⁶⁰. Así, su comprensión exige que se asuma que estas transferencias contienen una parte de especulación y por tanto de riesgo, algo que el concepto de tasa de cambio permite justamente tomar en cuenta. Por ejemplo, invertir en la política partidaria el capital acumulado en el espacio de los movimientos sociales puede constituir una oportunidad para valorizarlo (por ejemplo, cuando se ha alcanzado el máximo de su rentabilidad dentro de su universo original de adquisición), aunque expuesto a dilapidarse cuando la tasa de conversión se revele menos ventajosa de la esperada; en particular, este es el caso cuando el descrédito de la acción partidaria provoque la desvinculación o desafección de aquellos que constituyen la “base” de apoyos dentro del espacio de los movimientos sociales⁶¹ (por acusaciones de “arribismo” o mediante sentimientos de “traición”, por ejemplo).

Para acabar se añadirá que una línea de investigación enfocada sobre las competencias para la acción contestataria nos invita a profundizar sobre las modalidades del *aprendizaje* de estos saberes y destrezas, a pesar de que sea aún muy ignorada dentro de la sociología de las movilizaciones. En efecto, considerar el espacio de los movimientos sociales como el lugar donde se adquieren las competencias para la protesta implica concentrarse sobre las modalidades concretas de esta adquisición, esto es: sobre la lógica de ensayos y errores por medio de la cual los activistas aprendices se forman para la acción colectiva; sobre los modos de transmisión de las tradiciones entre generaciones de militantes; sobre el peso de las experiencias fundadoras (la represión policial, la “traición” de un aliado poco fiable, etc.); sobre los soportes (biografías de líderes ejemplares, películas documentales sobre las luchas pasadas, etc.) a través de los que se construye la identidad militante; sobre el aprendizaje por imitación de “recetas prácticas” (redacción de octavillas, preparación de recursos judiciales, organización de una manifestación o de una huelga); etc. Las interacciones entre estas formas específicas de aprendizaje y otras instancias de socialización, en primer lugar la escuela, se manifiestan con una particular importancia si consideramos, como sugieren F. Matonti y F. Poupeau, que las lógicas de adquisición de las competencias militantes se apoyan frecuentemente (y según ellos, cada vez más) sobre los aprendizajes escolares previos. En este sentido, lo que se pone de relieve no es sólo una cuestión de las relaciones entre los saberes empíricos, adquiridos y desarrollados mediante la práctica, y los conocimientos sistemáticamente elaborados y enseñados (por ejemplo, en los institutos de formación sindical), sino también la reproducción eventual, en el interior del espacio de los movimientos sociales, de formas de dominación basadas en el capital escolar, similares a las que atraviesan los campos político y sindical⁶².

⁵⁹ Matonti, F., y Poupeau, F., “Le capital militant. Essai de définition”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 155, 2004.

⁶⁰ E. Agrikoliansky muestra la importancia de estas lógicas de reconversión de una antigua militancia, partidaria o sindical, en la trayectoria de los miembros de la Liga de los Derechos Humanos (*La Ligue française des droits de l'homme et du citoyen depuis 1945, op. cit.*). También, desde un enfoque de inspiración pragmática que integra una dimensión disposicional puede consultarse el estudio de la lucha contra el sida de Dodier, N., *Leçons politiques de l'épidémie de sida*, Paris, Éditions de l'EHESS, 2003.

⁶¹ La metáfora económica del capital militante conoce también sus límites, desde el momento que coloca en segundo plano la dimensión práctica y cognitiva de las competencias que existen, ante todo, en un estado incorporado; sobre esta cuestión puede consultarse Passeron, J.-C., “L'inflation des diplômes. Remarques sur l'usage de quelques concepts analogiques en sociologie”, *Revue française de sociologie*, XXIII (4), 1982.

⁶² Matonti, F., y Poupeau, F., “Le capital militant. Essai de définition”, *art. cit.*

Señalaremos, al término de este artículo, tres límites o dificultades a las cuales debe enfrentarse la perspectiva que se acaba de esbozar. La primera, respecto a la pertinencia de este modelo para el estudio de los movimientos exteriores al ámbito francés, a partir del cual ha sido concebido. Queda por confirmar que la hipótesis de autonomización de un espacio de los movimientos sociales se corrobore fuera de Francia, algo que permitiría evaluar el peso de las historias contestatarias nacionales, en función de la forma que se entrelacen las relaciones entre los partidos políticos y los movimientos sociales⁶³. La segunda, cercana a la primera, se refiere a las dificultades que el modelo encuentra al intentar dar cuenta de las movilizaciones que sobrepasan el estricto marco nacional, y así poder dotarse de una dimensión (o, por lo menos, de una pretensión) “transnacional”, como en el caso del actual movimiento altermundista. Y la tercera concierne a las relaciones entre el espacio de los movimientos sociales y el universo sindical. Este último, como se ha señalado, dispone de un nivel de institucionalización y objetivación mucho más elevado que el espacio de los movimientos sociales, y que a la vez que ejerce sobre él una fuerte influencia (en particular, dentro de ciertos polos del universo contestatario, por el frecuente multi-posicionamiento de los actores, al mismo tiempo sindicales y activistas). Hasta ahora, la sociología de las movilizaciones ha mostrado un desinterés lamentable por el sindicalismo, y eso a pesar de las nuevas relaciones que se dibujan en la actualidad entre las movilizaciones y el interior-exterior del mundo del trabajo⁶⁴. Lo que significa que las líneas esbozadas aquí deben aún ser profundizadas.

⁶³ Véase, por ejemplo, dentro del contexto mexicano, el hecho de que un partido político sea el producto de los movimientos sociales, analizado por Combes, H., *De la politique contestataire à la fabrique partisane. Le cas du Parti de la révolution démocratique au Mexique (1989-2000)*, tesis doctoral en ciencias políticas, Universidad Paris III, 2004.

⁶⁴ Esto es especialmente sensible dentro de las luchas del asalariado precario (comida rápida, hostelería, etc.), las que a veces muestran las dificultades para integrarse dentro del cuadro sindical, al mismo tiempo que movilizan referencias y recursos más propios del espacio de los movimientos sociales (del altermundismo, por ejemplo).